ALOCUCION

Dirigida á los Alumnos

del

COLEGIO DE ESTUDIOS PREPARATORIOS

DE ORIZABA

en la distribución de premios que se verificó

el 22 de Febrero de 1890.

SEÑORES:

UNA prescripción de nuestro reglamento que debemos tener como laudable, ordena que en el acto solemne de distribuir á los alumnos del Colegio Preparatorio los premios que hayan merecido, se les dirija la palabra para felicitarles por los triunfos que han alcanzado é inspirarles nuevo aliento en la carrera de sus estudios. En cumplimiento de esta prescripción y en sustitución de la persona encargada de desempeñar tal encargo, vengo á este lugar, si en todas ocasiones digno de ser ocupado por personas dotadas de superior talento y animadas de la más recta intención, mucho más cuando el auditorio está principalmente formado de jóvenes de uno y otro sexo, á quienes se trata de hacer comprender la grandeza de las ciencias y la be-

lleza de la virtud. Un orador de Atenas pedía á los dioses, al subir á la tribuna, que no le permitiesen decir nada que no fuese útil, nada que no fuese conveniente. ¿No tendríamos nosotros razón para pedir lo mismo, cuando atraídos por nuestra inclinación ú obligados por nuestros deberes, venimos á este sitio, que tiene algo de la grandeza de la cátedra, por la superioridad que supone en quien le ocupa, y mucho de la responsabilidad del magisterio por las enseñanzas, que desde él se imparten á las multitudes, ansiosas de escuchar la palabra del orador, ya grave y solemne como los consejos de la vejez, ya vehemente y apasionada como las aspiraciones de la juventud, y también á veces tierna y sencilla como las primeras palabras que balbute la niñez?

Mas sea de ello lo que fuere, es lo cierto que los que hemos tenido, no sé si la dicha ó la desgracia de dedicarnos á la enseñanza de la juventud, no podemos prescindir, cuando hablamos en este recinto, ni de la autoridad que imprime el magisterio, ni del cariño que engendra la comunidad de vida. Nos parece -tal vez por ilusión de nuestro amor propio—que cada palabra que brota de nuestros labios, va á resonar hondamente en el pecho de nuestros jóvenes oyentes; y

aun se nos figura que en tiempos lejanos cuando nosotros hayamos dejado de existir; cuando los que fueron nuestros discípulos hayan acrecentado el tesoro de la experiencia agena con los amargos frutos de la experiencia propia, nuestras exhortaciones y nuestros consejos resonarán como un eco lejano, perdido allá en las tristes soledades de su conciencia.

Por eso, señores, en las palabras de un maestro, como en las de un padre, hay siempre tanto de grave y de solemne; y por eso también, en las que yo voy á pronunciar, á falta de otra cualidad, encontraréis la solemnidad que imprime á todos nuestros actos la convicción profunda de la santidad de nuestros deberes y la ternura que engendra un amor sincero, y nunca desmentido, en bien de los alumnos cuya dirección tengo á mi cargo En la influencia de este doble sentimiento he buscado siempre y buscaré en la ocasión presente, toda mi inspiración.

Señores: Breve será mi discurso: teniendo presentes los fines que nuestro reglamento se propone, será encaminado, como antes he dicho, á animar á los jóvenes que me escuchan, á exhortarlos y felicitarlos.

Los campos de la ciencia son vastísimos y la vida de un hombre nunca será suficiente para recorrerlos todos. Hoy, después de

tantos siglos de contínuos adelantos y de constantes progresos, nos vemos todavía obligados á repetir las palabras de un filósofo de la antigüedad: sólo sabemos que lo ignoramos todo; palabras que, si no pueden tomarse al pie de la letra, cuando se trata de la explicación de algunos de los fenómenos de la naturaleza, nada han perdido de su antigua verdad, si queremos inquirir las causas primeras de las cosas. Ya el poeta latino lo había dicho: *felix qui potuit rerum cognoscere causas.*

Mas esto no quiere decir que el estudio de las ciencias sea inaccesible á nuestra mente. Por el contrario, la ciencia reina como soberana en el mundo. Por ella el hombre se ha convertido en verdadero rey de la creación; vence las resistencias que le oponen las fuerzas ciegas de la materia; encadena y gobierna los elementos; salva los límites del tiempo y del espacio y comunica á sus obras, hasta cierto punto, el don de la inmortalidad, legando á las generaciones futuras el secreto de sus descubrimientos. ¿Qué hubiera sido del mundo sin la Ciencia?; ¿qué sería de nuestra actual civilización, si la privásemos de uno solo de sus auxiliares, del sencillísimo arte de la imprenta?

La Ciencia, pues, Maestra y Señora de las gentes, abre á nuestra mente amplísimos

horizontes. Todo en ella se liga, se relaciona y se fecunda; los progresos alcanzados en uno de los ramos de los conocimientos humanos sirven para hacer adelantar los otros; el estudio de las leyes físicas, facilita el conocimiento de los fenómenos químicos; la Mecánica y la Astronomía, no hubieran dado un solo paso sin el auxilio de las Matemáticas; en la observación de los fenómenos biológicos no puede prescindirse, ni del conocimiento de las leyes mecánicas que rigen á los cuerpos, ni del estudio de las leyes psicológicas que nos dan á conocer el modo de obrar de las facultades que adornan nuestro espíritu. Por eso, cuando se quiere comprender en una sola palabra todo lo que hay de grande, de soberano, de atrayente en ese conjunto asombroso de conocimientos, inmenso por los anchos espacios que domina y por los sacrificios que ha costado el conquistarle, si bien pequeño por lo mucho que aun nos queda por conocer, nos servimos de un nombre general y que en su admirable sencillez lo comprende todo, y no decimos *las ciencias* sino *la Ciencia.*

Ved, por lo tanto, si no debéis consideraros felices, y si no hay motivos bastantes para animaros, exhortaros y felicitaros, puesto que, aunque muy de lejos, os hallais

iniciados en los asombrosos misterios de la Ciencia humana. Habéis dado los primeros pasos que conducen á su augusto templo. Newton no hubiera llegado á descubrir la admirable ley que rige el mundo y á cuyo imperio están sometidos así los átomos de polvo que nuestra vista apenas percibe en un rayo de sol, como esos astros colosales que, á inmensas distancias de nosotros, nos alumbran con su luz y nos vivifican con su calor: hermosas flores del campo de los cielos, como les llama un poeta, si no hubiera comenzado, como vosotros, por aprender los primeros principios de la Ciencia; ni Leibnitz hubiera asombrado al mundo con la profundidad de sus concepciones y la inmensa variedad de sus conocimientos, si hubiera desdeñado, por mezquinas, las primeras nociones científicas que sus maestros le transmitieron.

En las sociedades antiguas, constituidas teocráticamente, como el Egipto, la ciencia era el privilegio de unos cuantos; en las sociedades modernas, la ciencia es la herencia común, de la cual puede libremente disponer todo el que se siente dotado de inteligencia y animado de buena voluntad.

Pero si en este sentido puede decirse que, al venir á recibir aquí la enseñanza que se os prodiga, reclamáis lo que por derecho os

pertenece, lo que nadie se atrevería á negarnos, no por eso dejáis de ser los favoritos de la fortuna, ó mejor diré, los predestinados de la Providencia.

¿Cuántos, en efecto, quizá mejor dotados que vosotros, no habrán encontrado la ocasión de instruirse? ¿Cuántos, sumidos en ignorancia involuntaria, codiciarán las riquezas intelectuales que vosotros tal vez menospreciáis? ¿Cuántos, como yo, envidiarán los tiempos que os han tocado en suerte, al ver que, con un corto esfuerzo de parte vuestra, podéis adquirir noticias y conocimientos que no hace mucho tiempo no se llegaban á alcanzar sino en edad más avanzada y á costa de aislados y muchas veces infecundos sacrificios?

Tenéis, pues, una inmensa deuda de gratitud que satisfacer; de gratitud á los gobiernos que tanto se afanan por vuestros adelantos; de gratitud á vuestros padres que os sostienen en vuestros estudios, luchando quizá con los embarazos de la pobreza ó las angustias de la miseria; de gratitud á vuestros maestros, que, vinculando en vosotros las esperanzas de su fama y la gloria de su nombre, consagran á vuestra enseñanza la parte más florida de su vida y se sienten enorgullecidos con vuestras victorias y humillados con vuestras derrotas.

La sociedad entera—ya lo véis—os estimula con sus aplausos; nuestra modesta casa se engalana para celebrar vuestros triunfos. ¡Grande debe ser el fin á que aspiráis, puesto que no se alcanza sin constantes sacrificios; nobles deben ser vuestras tareas, puesto que así se ven recompensadas! objeto sóis de las esperanzas no sólo de vuestras familias, sino también de vuestra patria, porque ella se interesa en que seais instruidos, honrados y laboriosos.

Estas breves palabras bastan para que comprendáis la magnitud de vuestros deberes.

Y por lo que hace á las jóvenes que van á ser premiadas, y que tienen, por razón de su sexo, tanto derecho á nuestro afecto y á nuestra solicitud, todo lo que he dicho á los alumnos del colegio debe entenderse también dirigido á ellas, porque ellas también necesitan de la ciencia cuyos brillantes resplandores, aunque de lejos, han podido vislumbrar. También ellas han participado de vuestros sacrificios, y como recompensa de ellos vienen igualmente á recibir la corona de la victoria. Si sus deberes de esposas ó de madres las han de tener alejadas del estrépito del mundo, ¡cuánto bien pueden hacer en su modesto existir, si á los atractivos de su sexo saben unir la hermosura de una alma ilustrada por la ciencia y fortificada por la virtud!

Debo, pues, felicitar á unas y á otros, y si en las palabras que he dicho no habéis encontrado ni la fogosa elocuencia del tribuno, ni las mágicas harmonías de la obra del poeta, sírvanme al menos de escusa la sinceridad de los afectos que las han dictado y mi voluntad constante de procurar, en cuanto de mí dependa, el bien de la juventud.

¡Alumnos del Colegio preparatorio! Tenéis tradiciones gloriosas que conservar. Dirigid la vista por todas partes y encontraréis en las imágenes que la gratitud ha conservado y en los nombres que os hemos enseñado á pronunciar con respeto y con veneración nobles modelos que imitar. "Por turbados y azarosos que sean los tiempos, no puede haber porvenir obscuro para un corazón honrado" Tales fueron las palabras que yo escuché en mi juventud de los labios de quien ocupaba entonces el lugar que hoy ocupo en el colegio; y tales son las que yo os transmito para que os den aliento y valor para luchar con las adversidades de la vida.

¡Jóvenes de la Escuela superior! No veais en lo que acabo de decir la expresión de sentimientos que no sean sinceros, impropios de este lugar y agenos á mi carácter.

¿Cómo pudiera ser indiferente á vuestros adelantos ó dudar de vuestro anhelo por saber, quien sabe, por experiencia propia, cuán precoz es la inteligencia de las niñas cuán dócil es su carácter y cómo su corazón late de entusiasmo cuando se les enseña á pronunciar por primera vez el nombre augusto de la Ciencia!

Con un afecto que pudiera llamar paternal, si no temiese que tan augusto nombre fuese una usurpación de derechos más sagrados, á todos os felicito y á todos os animo para que sin dejaros vencer por las dificultades que podéis encontrar, continuéis, con propósito firme y varonil constancia, la carrera que tan honrosamente habéis comenzado.

BREVES REFLEXIONES

ACERCA DEL

ESTADO ACTUAL DE LAS CIENCIAS.